

# SANTIFICACIÓN

## Parte 61

***“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra.”  
(Efesios 5:26)***

En la lección anterior cubrimos rápidamente una gran cantidad de versículos que tienen que ver con los esposos. Pasé tres lecciones sentando las bases para eso, y luego cubrí un poco de las Escrituras de una sola vez. Mencioné al final de la lección anterior, con el fin de seguir con el tema predominante del matrimonio, que había la posibilidad de que volviera al pasaje. Una de las escrituras que pasé corriendo fue Efesios 5:25-26, donde Pablo compara la relación de los esposos con la relación de Cristo con la iglesia.

Sucede que el Señor ha tenido mi corazón en el tema de la santificación por un tiempo. Siento que el Señor ha estado impresionando mi corazón con algunas realidades que tienen que ver con la santificación y glorificación de la iglesia. En estos versículos Pablo dice que Cristo está obrando en la iglesia para santificarnos, limpiándonos en el lavamiento del agua por la palabra.

Me gustaría comenzar leyendo algunas escrituras. Las leeremos primero para que estén frescas en nuestras mentes.

**Juan 17:17**, *“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad”*.

**Hechos 20:32**, *“Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados”*.

**Hechos 26:14-17**, *“...Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío”*.

**1 Pedro 1:3-5**, *“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el*

*poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”.*

**2 Tesalonicenses 2:13-14**, *“Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”.*

¿Qué es santificación? Santificación es una palabra muy común en el cuerpo de Cristo, y tal vez deba comenzar, como a menudo lo hago, describiendo lo que NO es santificación. La santificación no es un proceso que nos lleva a ser más como Cristo a través de disciplina, esfuerzo o abstinencia de las cosas llamadas no cristianas. No involucra dedicarse al Señor, ni a la iglesia. De hecho, no es algo que tengamos que hacer ni algo que tengamos que evitar.

Efectivamente, sí involucra ser conformados a la imagen de Cristo, eso es cierto. La santificación es un proceso por medio del cual somos transformados, cambiados, conformados a la imagen de la vida de Cristo que mora en nosotros. Muchos libros de teología son correctos hasta aquí, pero es en el proceso mismo donde muchos son confundidos. Es en la naturaleza del proceso, en la manera a través de la cual esto sucede, en la cuestión del CÓMO...donde nos hallamos en mucha oscuridad.

La santificación tiene que ver con separación. En algunas ocasiones la palabra es sencillamente definida como “poner aparte”. Consagración es una palabra que significa algo muy parecido. Pero, ¿qué entendemos sobre esta separación? ¿Cómo sucede esta separación? ¿De qué somos separados? Pablo dice en los versículos de esta lección, que somos santificados en el lavamiento del agua por la palabra. En otro versículo dice que somos santificados por el Espíritu y la fe en la verdad. En otro de los versículos que leímos, Pablo dice que somos santificados por el Espíritu a través de la fe en la verdad. Están describiendo lo mismo, pero antes de que entremos en eso, primero vamos a responder la pregunta: ¿De qué somos separados?

T. Austin-Sparks escribe: “Con la caída, se produjo un enredo increíble con otra naturaleza y con otro orden. El enredo fue orgánico, por lo tanto, inherente”. Este es un resumen muy breve, pero muy exacto. No podemos entender la santificación si no entendemos de qué necesitamos ser separados. Como raza hemos caído, hemos caído DE algo; caímos de la gloria de Dios, caímos de nuestro propósito. Pero también hemos caído EN algo; hemos caído en el enredo de otra naturaleza y de otro orden que mantiene un control profundo sobre nuestras almas, que tiene jurisdicción total sobre nuestro ser. Es imposible describir con precisión la naturaleza de este enredo. ¡¡Oír acerca de esto no lleva a nada, tenemos que verlo!!

El hombre siempre ha sido un alma. Esa alma fue soplada en una vasija terrenal el día que el hombre fue creado. Génesis dice, *“sopló en su nariz el aliento de vida, y fue el hombre un alma viviente”* (2:7). Usted sabe que esta alma fue creada para ser la morada de Dios, el único ámbito perfecto donde la gloria de Dios habite. Esta analogía es débil, pero el alma se parece un poco a una esponja. La esponja tiene la capacidad de absorber en sí misma, sostener y llevar agua pura y limpia. Entonces, cuando esa esponja cayó de su propósito, no solamente cayó DE un balde de agua pura y limpia, sino que cayó EN un tanque séptico y la enfermedad saturó cada grieta y cada poro. Esto es algo de la naturaleza de la caída del hombre. Es un cuadro del enredo del hombre con todo lo que es contrario a Dios.

Jesús dijo: *“Ustedes son los que se justifican a sí mismos ante los hombres, pero Dios conoce sus corazones, porque lo que entre los hombres es de alta estima, abominable es delante de Dios”* (Lucas 16:15). La palabra *“abominable”* (algunas traducciones dicen *“detestable”*) siempre me ha asustado. Es una palabra muy fuerte, pero no demasiado fuerte cuando la Luz de Su vida nos muestra lo que somos.

A pesar de nuestras objeciones y de nuestra total ceguera a la realidad, nuestras almas nacen torcidas y enredadas en una naturaleza que ahora gobierna y controla todo lo que pensamos, queremos y hacemos. Es una naturaleza y un orden que existe sin Dios, y por lo tanto, sin gloria. Es la relación poderosa y abrumadora que Pablo llama *“esclavitud del pecado”*. Este es el resultado de la mentira que creímos.

La santificación tiene que ver con la solución, con un cambio total de esta situación. Primero que nada, tiene que ver con el hecho objetivo que fue cumplido en la cruz. En la cruz de Jesucristo, lo primero fue separado de lo segundo, la muerte fue separada de la vida, Adán fue separado de Cristo. Jesús, habiendo entrado en la enfermedad y en la oscuridad de la humanidad caída, habiendo nacido en su culpa y vergüenza delante de Dios, y habiendo quitado todo eso de la vista de Dios, del campamento de Dios como el macho cabrío del Antiguo Pacto, fue levantado de la tierra. Es como si Cristo hubiera sido lanzado de la tierra, vomitado del vientre de la tierra, porque era demasiado justo y perfecto para permanecer en ella. Tenía que morir en la tierra, pero no podía quedarse allí. La tierra no pudo retenerlo. Habiendo quitado el pecado de la vista de Dios, Cristo ya no tiene ninguna relación con ese ámbito, orden ni género.

Entonces se fue. Se separó a Sí mismo de aquel ámbito, naturaleza y orden. Esta es la gloria de la ascensión. Él ascendió para poder llenar todas las cosas. Él ascendió llevando muchos hijos a la gloria. Él ascendió para estar separado para siempre del primer hombre y de la primera creación; y para que nosotros pudiéramos estar separados en Él.

Esto es lo que estaba en la mente del Señor Jesús la noche antes de la cruz. Esto fue lo que Él le dijo a Su Padre en presencia de Sus discípulos: *“Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde Yo estoy”* (Juan 17:24). También dijo: *“Por ellos Yo*

*me santifico, para que ellos también sean santificados en la verdad*” (Juan 17:19). En otras palabras: “Padre, por esta razón estoy separado de la muerte, para que ellos también puedan estar separados en mí. Padre, por esta razón me he levantado de entre los muertos, para poder ser la resurrección y la vida. Por esta razón he quitado lo primero, para poder aparecerles a ellos en lo segundo, sin relación con el pecado para salvación.

¿Pueden ver ustedes la naturaleza de la santificación aquí? En un momento voy a hablar del proceso de nuestra santificación en Cristo, pero nuestra experiencia de la santificación no es nada más que nuestra posesión personal y conocimiento espiritual de esta realidad objetiva. La naturaleza de la santificación tiene que ver con separación. Tiene que ver con algo que es dejado atrás, que es olvidado y sin importancia. De hecho, las primeras cosas ya ni siquiera vienen a la mente. Están separadas como lo está el oriente del occidente.

Cristo, antes de que se convirtiera en un hombre, ya estaba separado de la naturaleza y del orden caído de Adán, pero vino a crear una puerta. Él hizo una puerta a través de Su muerte. Su muerte es ofrecida a nosotros como nuestra puerta. Si nosotros caminamos por esa muerte y abrazamos todo lo que esa muerte significa, encontraremos la escalera de Jacob al otro lado. Una escalera que llega hasta los cielos. Una escalera que nos lleva en Él adonde Él está. “Yo estoy en el Padre, ustedes están en mí y yo en ustedes”. El Señor Jesucristo hizo un corte entre estos dos ámbitos y realidades con una espada afilada, y ese corte nunca va a sanar; es permanente e inamovible. Ahora todo lo que Dios tiene, quiere y todo aquello con lo que tiene relación, está del lado que es representado por Cristo. Sí, entiendo que Dios tiene relación con los que todavía tienen cuerpos terrenales, pero esos cuerpos no definen la ubicación, ni la habitación ni la herencia de nuestras almas. Para usted y para mí, ahora mismo, estamos levantados y sentados con Cristo en los cielos. Hemos sido santificados como un hecho, como un hecho en la perspectiva de Dios. Sin embargo, permanece el enredo interno con el orden y con la naturaleza de la que Dios se ha desasociado.

Ya estamos en Cristo, de esto no hay duda. Pero estamos en Cristo como aquellos que por naturaleza son parte de lo que Dios ha abandonado. Estamos en Cristo, estamos en el cielo, pero estamos allí como los que deben empezar el viaje enteramente conscientes del ámbito equivocado. Entonces, está el hecho de que hemos sido trasladados del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo, como dice Pablo, pero también está la separación interna, o desenredo del alma de lo que Dios ha abandonado. Está el hecho de que hemos salido de Egipto, y también está la experiencia de que Egipto debe salir de nuestros corazones. Está el hecho de que Ismael ha sido sacado de la vista de Abraham, y también está la experiencia de conocer a Isaac como el único Hijo de la promesa.

Lo que Dios ha realizado en Cristo no se puede discutir. Dios ha tomado la esponja empapada de barro y cochinada y la ha colocado en un océano de agua viva y pura. Va a estar allí para siempre, nunca más estará en otro lugar. No obstante, se podría decir, que aunque esto es cierto, todavía queda barro y cochinada en la esponja, pues fue saturada en

cada uno de sus poros. Este barro no son los malos hábitos, ni las malas palabras, ni el mal comportamiento; el barro es lo que ustedes y yo hemos llamado nuestra vida, es todo lo que siempre hemos sido, conocido y querido. La inmundicia es tanto lo que deseamos como la razón por la que lo deseamos. Es el yo, la vida que nuestra alma ha llamado el “yo”. Este barro es el residuo (en nuestra mente no renovada) de una naturaleza y orden con la que nos hemos identificado. Entonces, tiene que hacerse algo drástico, algún tipo de purga, eliminación y muerte de todo lo que no es el agua viva de este océano en el que hemos sido colocados.

Esto nos lleva a preguntarnos, y ¿cómo funciona esto? ¿Cuál es el proceso de santificación? ¿Cuál es el método? ¿Qué tipo de jabón podría realmente lavar la consciencia humana? Así es como Hebreos llama este proceso, “purificación de la consciencia”. Entonces, no sólo se trata de resolver el problema de una consciencia culpable, sino también de cambiar permanentemente aquello de lo que estamos conscientes. De quitar de nuestra consciencia lo que quedó antes de la cruz. De purificar la consciencia para que corresponda a lo que Dios conoce y ve. Entonces, ¿qué tiene el poder de lavar de nuestros corazones una vida y una realidad totalmente falsas? Sólo una cosa. La Palabra viva de Dios; la Verdad. Es la verdad la que nos lava de todo lo que es la mentira. Es la verdad la que quita de nosotros lo que no tiene lugar en Dios.

Pero, ¿qué es la verdad? Poncio Pilatos hizo esta pregunta hace 2000 años. Jesús no le contestó porque la respuesta no se encuentra en las palabras. Jesús no le contestó a Poncio Pilatos, porque Pilatos estaba frente a la Verdad, y aún así, no pudo verla...y las palabras no va a resolver este tipo de ceguera. Tenemos que entender esto en nuestros corazones: La verdad puede ser descrita por palabras, por las palabras en las páginas de sus Biblias, pero las palabras NUNCA van a contener la verdad. Y hacer una aplicación de palabras a nuestras vidas es inútil y sin sentido. Las palabras verdaderas nunca santificarán nuestras almas.

La verdad es la comprensión del alma de Cristo, de Cristo nuestra vida. La verdad es la persona, el lugar, la vida y la realidad de Cristo dada a conocer por el Espíritu. Tiene que ver con la posesión interior de la obra terminada de Cristo por medio de la revelación. La verdad involucra la realidad del lugar donde Cristo vive, de lo que es Cristo, de cómo ve Cristo. Y si estamos realmente dispuestos a permitir que el Espíritu nos muestre esta verdad, entonces vamos a ocuparnos y a permanecer en Cristo. Seremos separados, separados para, santificados en la verdad. Padre: *“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad...Y por ellos Yo me santifico, para que ellos también sean santificados en la verdad”* (Juan 17:17 y 19).

La santificación es cuando el Espíritu de Verdad nos guía a toda la verdad, y nos separa de todo lo demás. ¿Entiende usted que para usted que ha nacido de nuevo, absolutamente todo lo que no es la verdad es la mentira? ¿Ha enfrentado esto ya? ¿Ha enfrentado el hecho de que una vez que ha nacido de arriba, la ignorancia de la verdad es la aceptación

y acuerdo con la mentira? Algunas personas me han dicho: “¿Cuál es el gran problema si un cristiano no conoce mucho de la verdad? ¡De todos modos, todos vamos a ir al cielo!” Ahora bien, dejando a un lado los problemas teológicos de esta afirmación, la pregunta pasa por alto algo muy serio: Rechazar la verdad es preferir la mentira. La ignorancia no es felicidad. Tal vez sea cierto en cuanto a algunas cosas naturales, pero espiritualmente hablando, la ignorancia es muerte. La ignorancia es contradecir a la Persona y al propósito de Dios. La ignorancia espiritual para un cristiano, es una relación afectiva con la mentira. Si nosotros no crecemos en la verdad, la ignorancia es sólo otra cara de la rebelión. Los Israelitas en el desierto no quisieron conocer y experimentar la verdad de su relación con Dios, por eso, vagaron y murieron en el desierto sin conocer su herencia.

Esta es la razón por la que debemos seguir al Señor plenamente como Josué y Caleb. Debemos seguir al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas...y permitir que Dios nos muestre lo que es real y que nos muestre la tierra. No debemos detenernos en el camino. Es decir, por supuesto que podemos, pero detenernos en el camino es aferrarnos a algo que ni siquiera es real. Es preferir la ignorancia antes que la verdad. Es rechazar la realidad en pro de una fantasía muerta.

Como Abraham hace miles de años, el Espíritu nos conduce a una tierra que debe ser revelada. Abraham, *“Vete de tu tierra, de entre tus parientes, y de la casa de tu padre, a la tierra que Yo te mostraré”* (Génesis 12:1). La santificación es cuando el Espíritu de Verdad nos escolta a esta tierra celestial, y todo lo que hemos llamado nuestra tierra, parientes y casa, quedan olvidados y abandonados. Todo lo que era parte de lo que éramos, de dónde estábamos, y a lo que pertenecíamos...nada de eso tenía algo que ver con la herencia de Abraham. Ya nada de eso era verdad para él. Todo tenía que ser lavado de su alma para que pudiera ver y recibir la herencia.

Abraham no poseyó nada por medio de una herencia natural. No poseyó nada mediante esfuerzo natural, visión natural o asociación natural. Él trató de llevar a su padre, trató de llevar a su pariente Lot, trató de crear la simiente de la promesa a través de Ismael, pero Dios no le permitiría a Abraham heredar algo de la tierra. Dios lo había puesto aparte para una herencia celestial.

Entonces, cuando Abraham llegó a la tierra no había nada. Hubo discusiones con los lugareños y un hambre que lo hizo huir a Egipto. No había nada en la tierra para él de acuerdo a la vista. Según sus ojos naturales no había nada ahí para que él poseyera. Y así, oímos el llamado del Señor a Abraham una y otra vez: “Alza tus ojos, Abraham, y mira. No verás, de hecho, no podrás ver mi herencia si tus ojos están viendo para abajo. Esta es una tierra celestial, esta es una herencia celestial. No podrás heredar mi promesa a menos que seas puesto aparte de todo lo que estaba antes. No experimentarás mi herencia hasta que seas separado para ella, hasta que seas santificado por fe”.

Veamos si puede ver esta realidad en la siguiente historia: *“También Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas. Y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar. Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot; y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra. Entonces Abram dijo a Lot: No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda. Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán, que toda ella era de riego, como el huerto de Jehová, como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar, antes que destruyese Jehová a Sodoma y a Gomorra. Entonces Lot escogió para sí toda la llanura del Jordán; y se fue Lot hacia el oriente, y se apartaron el uno del otro. Abram acampó en la tierra de Canaán, en tanto que Lot habitó en las ciudades de la llanura, y fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma. Mas los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra Jehová en gran manera. Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre” (Génesis 13:5-15).*

Aquí está Abraham siendo santificado por fe, en tipo y sombra. Apartado, separado de lo que había llevado con él, para que pudiera ver lo que había delante de él, para que olvidara lo que quedaba atrás y poseyera lo que la fe podía ver. Traigamos esto ahora, a su contraparte en el Nuevo Testamento. Recuerda las palabras de Cristo a Pablo en el camino a Damasco. Veamos si puede oír esta misma realidad, esta misma historia en las palabras de Jesús a Pablo: *“...Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26:15-18).*

Y recordemos las palabras de Pablo a los efesios cuando iba a dejarlos: *“Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hechos 20:32).*

Esto es lo primero que le dijo Jesús a Pablo: “Pablo, hay una herencia, ella es la verdadera posesión de la tierra celestial. Tiene ver con venir a vivir adonde Yo estoy, con ver como Yo veo, con experimentar todo lo que Yo soy y tengo. Pero al igual que tu antepasado Abraham, esta herencia no se posee por vista. Te estoy enviando a que ayudes al pueblo a levantar los ojos. Te estoy enviando para que proclames esta herencia a los que serán santificados por la fe en Mí. Pablo, las cosas que fueron ganancia para ti, las contarás como pérdida. Pero por la fe poseerás una mejor tierra, por fe poseerás una tierra celestial y te hallarás siendo ciudadano del cielo”.

¿Puede ver esta realidad de ser santificado por fe? ¿De ser santificado por la verdad? ¿Puede ver que es la verdad la que lo pone aparte en su tierra celestial? Es la verdad la que despoja la tierra de nuestro corazón y nos hace seres celestiales; la verdad de Cristo revelada por el Espíritu mismo. Esto es lo que hizo que los apóstoles vivieran en los cielos aún cuando sus vasijas estaban ligadas a las ciudades de Israel. Así es como Pablo estaba contento en cualquier circunstancia natural. “Para mí el vivir es Cristo y morir es ganancia”. ¿Puede entender usted que esta es la comprensión del alma de la verdad que posee nuestra herencia? Todo lo que es Cristo es para que lo heredemos. Sin embargo, nada de lo que es Cristo puede ser accesado, poseído o heredado sin fe. Usted es apartado para el universo de Cristo cuando la verdad lava un hombre y revela Otro.

Supongo que no estoy comunicando muy bien cuán grande es esto. ¡Es grande! ¡Es todo! Jesús le dijo al Padre: “Padre, todo lo que tengo es de ellos. Todo lo que soy es de ellos. Mi gloria es de ellos. Mi amor es de ellos. Mi herencia es de ellos para que la compartan. Es más, ellos son co-herederos conmigo. Padre, no oro para que ellos sean sacados del mundo, no es eso lo que ellos necesitan. Sólo oro para ellos sean santificados en la verdad”.

Muchos en la iglesia, tristemente, están esperando ser sacados del mundo para experimentar la herencia. Muchos han proyectado al futuro las realidades presentes que son poseídas por fe. Debido a que la vista no da acceso a ellas ahora, asumimos que la vista les dará acceso después. Pero eso es mentira. La vista nunca dará acceso a Cristo. La fe nos dará acceso a Él ahora y siempre. La fe dará acceso y experiencia de la gloria de Jesucristo.

Terminemos leyendo los últimos versículos de la lista al inicio. *“Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”* (2 Tesalonicenses 2:13-14).